

Moral y relaciones internacionales

Carlos LARRÍNAGA
Historiador y politólogo

Como señala la historiadora canadiense Margaret MacMillan en su celebrado libro “París, 1919”, esta metrópolis se convirtió entonces en la capital del mundo. La Conferencia de Paz, acabada la Primera Guerra Mundial, era el asunto por excelencia del momento y sus protagonistas, las personas más poderosas del planeta. Entre ellas, sobresalió, sin duda, el presidente de los Estados Unidos Woodrow Wilson, quien se desplazó a la ciudad de la luz a bordo del George Washington, acompañado de su nueva esposa. El año anterior, en 1918, delante del congreso, el líder demócrata pronunció un discurso trascendental, que ha pasado a la Historia como el de sus catorce puntos. Esta alocución marcó el desarrollo de las conversaciones de paz y de ahí su relevancia, al insistir en dos aspectos fundamentales. Por un lado, en la creación de una asociación general de naciones y, por otro, en la puesta en práctica del principio de las nacionalidades.

Respecto del primer apartado, cabe recordar que, a finales del siglo XIX, en lo que se ha dado en llamar los postulados de la diplomacia bismarckiana, Gran Bretaña había jugado un papel de “árbitro informal”, precisamente por no tener anhelos territoriales relevantes en el continente europeo. Tras la Gran Guerra, Wilson pensaba en un organismo formal, que se materializaría en la Sociedad de Naciones. Con una institución supranacional de esta naturaleza se pretendía, en cierta medida, aspirar a esa federación que debía “extenderse paulatinamente a todos los Estados, conduciendo así a la paz perpetua”, de la que habló Immanuel Kant en su famoso tratado de 1795. En efecto, la Sociedad de Naciones procuraba establecer las bases para la paz y la reorganización de las relaciones internacionales después de unos años tan convulsos. En cuanto al principio de las nacionalidades, el objetivo era acabar con los imperios alemán, ruso, austro-húngaro y otomano para “liberar” a sus pueblos de sus respectivas “cárceles”.

En definitiva, con los tratados firmados en París se quería inaugurar una etapa de las relaciones internacionales superadora de la diplomacia secreta de la era de Bismarck y marcada por la moralidad. A este respecto, Henry Kissinger (en “Diplomacia”) apunta que Wilson se alineó claramente con el idealismo, entendiendo que Estados Unidos tenía una labor mesiánica en el estrenado tablero mundial, a saber: su obligación con la difusión de los principios norteamericanos (democracia, libertad, justicia, etc.), pero no con el equilibrio de poder basado en la fuerza, como había sido el modelo europeo. Sin embargo, de regreso a Washington, el Senado, con mayoría republicana, se negó a ratificar el Tratado de Versalles, volviendo a la tradicional política aislacionista y no entrando Estados Unidos en la Sociedad de Naciones. Al mismo tiempo, durante la década de 1930, con el fortalecimiento de las dictaduras de derecha, se produjo un continuo debilitamiento del componente wilsoniano hasta concluir en el estallido de la Segunda Guerra Mundial.

Es cierto que en 1945 se constituyó la Organización de las Naciones Unidas, retomando así el ideario de Wilson, aunque con la Guerra Fría el panorama internacional cambió sustancialmente. El enfrentamiento entre el bloque occidental y el comunista hizo que el realismo imperase en las relaciones internacionales. Cada vez empezó a imponerse el concepto de realpolitik. Estados Unidos puso fin al aislacionismo y dio paso a la política de contención o doctrina Truman, de manera que las tropas norteamericanas se desplegaron por numerosos escenarios, participando de

muchas pugnas, y las misiones especiales de la CIA se prodigaron. Evidentemente, la Unión Soviética no le fue a la zaga, de manera que las zonas de influencia, en parte diseñadas en Yalta y Potsdam, se convirtieron en las protagonistas del duelo entre las superpotencias y sus aliados. Así hasta la caída del Muro de Berlín en 1989 y la rápida implosión de la URSS. En ese instante se intuía un horizonte esperanzador, bien descrito por Francis Fukuyama en “El fin de la historia y el último hombre”, gracias al triunfo de las democracias liberales.

Mas, en verdad, se trató de un espejismo. Lo supo ver Kissinger, quien en 1994 (“Diplomacia”) hablaba de un mundo multipolar, con, al menos, seis potencias: Estados Unidos, China, Japón, Rusia y probablemente la India y una pléyade de países de mediado y pequeño tamaño. Como sucediera con la Sociedad de Naciones, la ONU no ha sido capaz de evitar los conflictos que se han producido en los postreros setenta años, contraviniendo a Kant: “el acuerdo de la política con la moral sólo es posible en una unión federativa” que rehúse la guerra. Ese equilibrio de poder fundamentado en la fuerza ha vuelto al tablero mundial. Tan denostado por Wilson e incluso por Franklin D. Roosevelt, lo cierto es que hasta la Casa Blanca ha optado por esta vía desde 1950, hasta el punto de que el historiador norteamericano John W. Dower habla de “El violento siglo americano”. ¿Dónde queda, por tanto, esa moral que se puede observar en Kant o en Wilson? La realpolitik es la base de las relaciones internacionales de hoy en día, promoviendo sanciones hacia ciertas autocracias y consintiendo o premiando a otras.

3 de abril de 2022

Publicado en *El Diario Vasco*, 5 de abril de 2022, p. 17